

# LA JUSTICIA DEL UKUMARI, HECHA INJUSTICIA POR EL PUEBLO

Cuento Ganador del I Concurso de Redacción de Artículos y Cuentos Jurídicos  
CIED-2017

**Melina Farfán Huamán**

*Bachiller en Ciencias de la Comunicación de la Universidad Nacional de San Antonio Abad de Cusco, estudiante de la carrera profesional de Derecho de la Universidad Andina del Cusco, Sub Gerente de la Sociedad Anónima “Ama Llulla” – Empresa de comunicación.*

**E**ra un día cualquiera del año 1823 en el pueblo de San Sebastián, la gente andaba temerosa al pensar que podría aparecer en cualquier momento el ukumari, un oso con alas que supuestamente devoraba animales y personas pero en realidad era un mensajero enviado por la pachamama para hacer justicia por su pueblo.

Ese día caminaba por la plaza, meditabundo y preocupado el médico del pueblo y defensor de los indios, quien días atrás había salvado la vida a dos de ellos de ser ejecutados injustamente.

- ¡Doctor Enrique!, ¡Enrique, por aquí! – gritaba Dionicia, una india-

Enrique reconoció esa voz y se reanimo de inmediato, pues era la india con la que mantenía un romance clandestino; y enseguida caminó de prisa hacia ella.

- ¿Qué te sucede? Tienes un semblante distinto – pregunto la india
- Me abrumba este pueblo, ¡No puedo respirar paz! – contestó Enrique. Este lugar seria esplendido si todo acto fuera correcto y no existiera tanta diferencia entre nosotros, observa a esos indios, solo responden a gritos y muchas veces son castigados y asesinados sin piedad. ¿La justicia existe para ustedes? A la pachamama no le agrada estos actos abominables.
- No, no existe. ¿Que podría hacer la pachamama? ¡Nada!– Dijo la india.
- Te equivocas, la pachamama cuida de nosotros todos los días, ¿Por qué crees que el ukumari está rondando este pueblo? – pregunto Enrique.
- ¡Sí! Si lo sé, el ukumari está hambriento pero, ¡espera! ¿Crees que la pachamama envió al ukumari para implantar justicia en este pueblo? – señalo Dionicia
- No lo creo, es así - Dijo él, acercándose y mirándola fijamente.

Tomo sus manos y sin importarle las habladurías de la gente del pueblo, le dio un beso en el rostro a su amada.

- ¡Oh mi Dionicia! Este pueblo se colma gris con todas las injusticias que se evidencian a diario; estar contigo es un símbolo de paz para mi corazón pero hay un secreto que debo revelarte – indico Enrique.
- ¿Secreto? Ningún secreto podría alejar mi corazón del tuyo –dijo la muchacha.
- Querida, ¿Puedes venir al anochecer a mi cabaña? – pregunto él.
- Veré la forma pero allí estaré, nos vemos – respondió Dionicia. En ese instante ella se separó de Enrique y se dirigió a la hacienda de sus patronos, los Villavicencio.

Él aún preocupado, decidió dejar la plaza del pueblo e ir a su cabaña; sin embargo al estar cerca de esta vio que había mucha gente aglomerada con picos, palas y palos; ellos murmuraban sobre las huellas de oso que habían hallado en su puerta.

Un poblador al verlo acercarse, grito: Allá esta Enrique, el médico, ¡Vamos!

Enrique se puso nervioso pero siguió caminando; al estar frente a ellos, un señor le dijo: El ukumari está en su cabaña, debemos asesinarlo, sino él lo hará con nosotros. Él trató de disimular frente a la muchedumbre que lo agobiaba con sus preguntas y comentarios y les dijo: El ukumari no está aquí para hacerles daño, ¡No entienden!, en fin, veamos si está allí, y si no lo está, espero que se retiren de inmediato de mis tierras.

La gente enervada y temerosa se posiciono tras del médico a esperar que abriera la puerta y saliera el ukumari; pero no fue así. En ese instante Enrique les dijo que se fueran, ya que necesitaba tranquilidad; muchos de ellos se fueron disgustados y con dudas. Él al ver que los pobladores se alejaban, aseguro las ventanas y la puerta; fue a su habitación a recostarse y esperar la llegada de Dionicia.

Al anochecer, Enrique empezó a oír ruidos, creyó que estaban retornando la gente del pueblo a buscar al ukumari; pero al ver que era su amada se tranquilizó.

Dionicia al ver al médico esperándola en la puerta, no dudo en correr a sus brazos. Él con la mirada un poco desconcertada, sin decir una sola palabra, la tomo de la mano y la llevo al bosque. Ella no mostraba temor alguno, y al ver que llegaban al borde de un precipicio dijo: ¿Cuál es ese secreto?

- No vayas a asustarte y huir, soy el ukumari – dijo Enrique. En ese instante se transformó en el oso con alas, que el pueblo había visto y descrito.
- ¡No logro asimilarlo!, eres tu quien nos protege por encargo de la madre tierra –señalo sorprendida Dionicia.
- Sí, soy yo, ¿No te doy miedo?, ¿No me acusaras de brujería? – pregunto él.
- ¿Por qué lo haría? – respondió la india. El gobernador de este pueblo por décadas sentencio la vida de muchos de nosotros, la justicia no se imparte para el que no tiene buen apellido o es de tez oscura, aquí hacen y deshacen por juego, placer o diversión. Tú eres el ukumari, nuestro letrado; quien defiende nuestros derechos naturales.

Dionicia abrazó al ukumari y solo atinó a agradecerle a la pachamama y a él, en nombre de todos los indios por ayudarlos ante los maltratos e injusticias que sufrían a diario,

El ukumari alzó las alas y volvió a convertirse en Enrique, sujetó de la mano a la india y le dijo el temor que lo agobiaba:

- Temo que llegue el día en el que no pueda defender y ayudar a un indio, y esa seas tú. No imagino que la supuesta justicia recaiga sobre ti y te dañen injustamente. Eres propiedad de otra persona y eso me limita aún más al intentar ayudarte.
- No temas mi adorado Enrique, tu sabes que puedes rescatarme, liberarme de esta esclavitud que herede de mis padres, cástate conmigo y seré libre, seré tuya, solamente tuya.
- Tu patrón no lo aceptara, hice que perdiera a 10 de sus indios, al lograr que el gobernador falle a mi favor pero creo que esta vez no será así – dijo él -.
- Estas desistiendo y dándote por vencido; tu eres el ukumari, quien lucha por la verdadera justicia e impulsa reglas para la colectividad en general, sin sectorizaciones.
- Lo sé, ya no quiero oír más, mañana iré a la hacienda a comprarte y así poder casarnos – culminó Enrique-.

Esa noche la luna iluminaba todo San Sebastián, parecía que existía una conspiración entre las estrellas y la luna para el encuentro de Dionicia y Enrique. La india sabía que el tiempo para ver a su amado ya había terminado, sostuvo la mano de él y le dijo: Mañana cambiara la historia de todos los indios y en especial la mía, te veo al amanecer, mi amado Enrique.

Dionicia empezó a alejarse; Enrique la observó y alzó la cabeza para observar fijamente las estrellas; y murmuró: “En este mundo la justicia se torna injusta por habilidad de los más ricos”.

Camino hacia su cabaña, presentía que alguien lo observaba, miró el lugar pero no logró visualizar nada, al llegar a su cabaña observó por la ventana que había alguien escondido entre los arbustos, su preocupación era evidente, temía que esa persona haya visto todo, pero decidió no alarmarse; apagó las luces y se fue a recostar.

Al día siguiente, a las 6 de la mañana fue a la hacienda. Tocó delicadamente la puerta y fue Dionisia quien le abrió la puerta; se dirigió a la sala y esperó al hacendado Ramón Villavicencio. Al instante vio que se asomaba por la sala el Sr. Ramón.

- No esperaba su visita Doctor Enrique, ¿Qué lo trae por mis tierras? – preguntó el hacendado.

Enrique sin temor alguno dijo:

- Iré al grano; ¡Quiero comprar a su india!, Dionicia
- Pretendes, ¿Qué te venda a mi india? – preguntó el Sr. Ramón
- Sí, así es. Mantengo una relación con Dionicia hace mucho tiempo y pretendo casarme con ella para formar una familia -. Respondió el médico.

El hacendado cambio de rostro al oír a Enrique y dijo: Me parece abominable lo que usted pretende hacer, no está contento con haberme arrebatado a mis mejores indios.

- Señor, no se los arbate, fue el gobernador quien fallo a favor de ellos; usted abusaba de esos indios, quienes también son seres humanos al igual que usted, ¡Entienda! – dijo Enrique.
- No entenderé nada; creo que presiente mi respuesta, no venderé a Dionicia; ni a usted, ni a nadie, esa india es mía – señaló el hacendado.
- No por mucho tiempo, la justicia en ese aspecto me avalara al querer formar una familia con ella; nos veremos en la gubernatura Sr. Ramón – culminó Enrique.

El hacendado mando a llamar a sus capataces para retirar a Enrique, él estiro la mano para despedirse de este, pero no respondió.

Enrique no pudo despedirse de su amada, ni comentarle lo que había pasado, esperaba volver. Decidió regresar a su cabaña y al estar a unos cuantos metros de esta, observo que había una multitud de personas golpeando su puerta, exigiendo que saliera; al ver a toda esa gente, recordó a la persona que vio anoche entre los arbustos; decidió esconderse, pero era demasiado tarde, un poblador lo había visto, quien exclamo: ¡Allá esta!, entre los arbustos.

La muchedumbre marchó hacía él con sus palos, picos y hachas a detenerlo y ajusticiarlo, todos gritaban: ¡Maten a ese brujo!, ¡Asesino!, ¡Es el demonio!

Enrique estaba temeroso y ofuscado a la vez, lo cual género que se transformara en el ukumari; y de inmediato alzo las alas que poseía y emprendió vuelo hacia lo más alto, perdiéndose entre las nubes.

Los pobladores enervados decidieron ir a la hacienda de Ramón Villavicencio a capturar a Dionicia, por ser cómplice de la supuesta brujería que practicaba Enrique.

El hacendado vio venir a la gente del pueblo a sus predios; salió de inmediato y pregunto: ¿Qué sucede? La gente no le daba respuesta y exigían a Dionicia. Ramón sabía que no podía ir en contra de toda esa gente y sin preguntar por qué, entrego a la india para que se calmaran.

Dionicia fue atada con fajas las manos y piernas; y fue arrastrada de la manera más cruel por la carretera hacia la iglesia del pueblo. Al llegar, empezaron a colocarle paja en los pies y lanzarle kerosene en todo el cuerpo; la gente gritaba ¡Queremos al brujo!, ¡Esperemos que vuelva Enrique!

Los pobladores de San Sebastián sabían que el ukumari volvería por su amada, y empezaron a alistar cueros de oveja y galones de kerosene para lanzárselo cuando pise la entrada de la plaza del pueblo.

Desde lo alto se veía un ave aproximarse; ya de cerca se observaba a un oso con alas. La gente se levantó y algunos quedaban embelesados ante tal transformación.

Los indios que recibieron su ayuda, gritaban que no descendiera sobre el pueblo; el ukumari aterrizó y de un momento a otro empezaron a lanzar cueros de oveja y a derramar kerosene sobre su cuerpo. De inmediato rodearon y ataron con sus huaracas y fajas al ukumari; al quitarle el cuero de oveja que tenía en la cabeza, volvió a convertirse en Enrique.

Él dijo: “La supuesta justicia del pueblo nos ha alcanzado y se da lo que más temía”. Levantó la cabeza y buscó con la mirada a su amada Dionicia; quien se hallaba en frente suyo, su rostro denotaba tristeza y cansancio por todos los maltratos que había recibido durante su captura.

Enrique se armó de valor y exclamó: ¡Dionicia, amor mío!, mírame, estoy aquí, a tu lado. Dionicia levantó la mirada, y dijo: “Fuiste la persona que me enseñó a creer en la justicia, pero hoy con nosotros posa la más grande injusticia; solo por amarnos y tú por ser el emisario de la madre tierra”.

- No digas nada, lleva contigo la paz. Hoy se cometerá una injusticia y de la misma forma augurio que de ahora en adelante se abre paso a todas las injusticias que pueda haber en este pueblo, me iré con pena al ver que ustedes solo obedecen a la ignorancia. La ley no está hecha para nosotros, solo para los más fuertes – dijo Enrique.

El gobernador del pueblo se mostraba indeciso, pero obedeció al clamor del pueblo, quienes gritaban: ¡Quémenlos!, ¡Qué mueran esos brujos!, y en seguida leyó la sentencia que habían prescrito en contra de Enrique y Dionicia; y de inmediato ordenaron su ejecución.

Desde ese momento la pachamama perdió a su hijo ukumari, el defensor de los indios, castigándolos al no volver a enviar emisario alguno. Aquél día se acentuó aún más el abuso y la arbitrariedad contra los indios, quienes seguían sufriendo durante la conquista, y sin tener a quien vele y defienda sus derechos.